La HERMANDAD *de la* CASA GRANDE

Eduardo Pérez Arroyo

El Mayor Mentiroso del Mundo, *11*

La Mayoría, *21*

1878 — 1879, *75*

Marzo de 1879, *249*

1879 — 1880, *267*

Diario de viaje, *409*

Epílogo, *487*

Para Camila y Luciano.
Para Juan y Nur.
Para Elis.

“Y separó Dios la luz de las tinieblas…”.
Génesis, 1:4

El Mayor Mentiroso del Mundo

UN APLAUSO CERRADO CORONÓ LAS PALABRAS de El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Y eso fue lo que vi, señoras y señores —dijo con amaneramiento, dedicando una reverencia a los asistentes—. Todo lo vi, todo lo viví. No es poco. Generaciones han sufrido el estigma de pertenecer a esa tierra dominada por brujos. Desde ese lugar no pueden salir. En ese lugar no progresan. Lejos de ese lugar jamás podrán arraigarse. Son los condenados de la tierra, aquellos que nunca, hagan lo que hagan, encontrarán la felicidad en este mundo.

La concurrencia, asombrada, aplaudió a rabiar.

—Los brujos son los responsables —remató El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Sus historias me impresionaron mucho —le dice más tarde, durante la cena, Tomás Ferreyra—. Hace muchos años fui reportero. Me tocó conocer algunos lugares casi secretos, olvidados por los gobiernos y ajenos al progreso. Conversé con muchas personas y busqué explicaciones de muchas cosas. Si le soy sincero no saqué mucho en limpio. Pero —se acerca para que el otro lo oiga bien— comprendí que cuando las calamidades son incesantes, cuando hay miseria y analfabetismo, las personas buscan refugio en sus propias creencias y no en la religión. Eso explica la abundancia de su panteón y los extraños sincretismos que a veces resultan de eso. Y esa creencia sin control y sin filtros alienta la superstición.

A su lado los comensales aprueban.

La presentación fue un éxito rotundo. Asistieron todos los iquiqueños de importancia. El Mayor Mentiroso del Mundo estuvo a la altura. Agradeció una por una a las familias que financiaron su presentación y le permitieron contar con el Club Iquique, y preparó una exposición lo suficientemente corta para no aburrir a los asistentes y lo suficientemente larga para que nadie criticara el precio. Sus aventuras resultaron tan insólitas que no espantaron a nadie.

—Así les pasa a las mentes más débiles —interviene el arzobispo—. Esas por lo general son incapaces de distinguir entre las creencias primitivas y los fundamentos más elaborados.

Los comensales se quedan en silencio.

Tras la exposición muchos comentaron que desde hacía años no se veía en Iquique, ni incluso en todo el Perú, una verdadera novedad como aquella. Los asistentes adquirieron los libros decorados con imágenes a mano, enviaron felicitaciones al expositor, subieron a sus carruajes y partieron a la casa de Tomás Ferreyra, director del República Incaica –uno de los diarios más influyentes, portavoz de las clases acomodadas y del clero–, quien había ofrecido su mansión para la reunión tras el espectáculo. El propio Acnin de Rouchel, conocido como El Mayor Mentiroso del Mundo, aceptó la invitación. Los comensales lo esperaban ansiosos. Rodolfo Griffin, mediante artimañas de buen diplomático, consiguió estar en la lista de invitados.

—Lo que cambia es la forma, el fondo es similar —responde al cura un abogado que también está en la mesa—. Ellos tienen dioses propios porque enfrentan interrogantes propias. Los católicos buscan respuestas más grandilocuentes porque la Iglesia, con sus planes de dominación mundial e influencia política global, inventa preguntas más grandilocuentes. En el fondo ambas cosas son lo mismo.

Algunos comensales se miran de reojo y sonríen. La mayoría permanecen serios. El obispo finge no escuchar y parece concentradísimo en una sopa de camarones.

Los comensales se sorprendieron al verlo llegar. Esperaban un excéntrico –su nombre artístico, El Mayor Mentiroso del Mundo, invitaba a pensar eso– de greñas desparramadas sobre una calva incipiente y ojos paranoicos, burlándose de los ungüentos de orines de perro y las mujeres que con su mirada cambiaban las mareas del océano. En cambio bajó de un carro de alquiler un caballero bien vestido, perfectamente peinado y afeitado, discreto y que transmitía una elegante seguridad en sus ademanes.

El salón está repleto. Rodolfo Griffin permanece en una de las mesas más cercanas al invitado de honor. Acnin de Rouchel está al lado del anfitrión, su esposa, el obispo y otros personajes. Tras llegar agradeció la deferencia, garabateó su autógrafo en los libros de quienes se lo pidieron, reiteró la historia de su llegada a Chiloé y aseguró que jamás había conocido gente tan supersticiosa. Algunos objetaron el pensamiento mágico que muchos confunden con la verdadera religión, pidieron la opinión al arzobispo y se declararon admirados de que Rouchel soportara tantos meses en ese lugar.

—Lo que me maravilla más es la fecunda imaginación de esas personas —dice Ferreyra para contener la posible discusión entre el obispo y el abogado descreído—. No estoy calificado para juzgar la pertinencia de esas creencias, pero sí entiendo cuando el pensamiento mágico va más allá de lo ordinario. Los hechos que usted comentó —agrega dirigiéndose a Acnin de Rouchel— aunque ficticios, son historias de alta calidad e interés.

—En eso sí estoy de acuerdo —dice el abogado.

Griffin simula seguir una fuente de bocadillos franceses y se acerca para oír.

—Si vamos más allá —agrega Ferreyra— podríamos decir que para el caso da exactamente lo mismo si esas historias son reales o imaginarias. Los habitantes de Chiloé viven en esas creencias. Para ellos ese mundo imaginario es el mundo real, por lo que en la práctica todos esos hechos terminan siendo reales.

—Usted tiene razón, señor Ferreyra —dice Acnin de Rouchel—. Salvo en una cosa: nada de lo que dije en mi conferencia o que aparece en este libro es ficticio. Todo es estrictamente real.

Todos reaccionan con escepticismo. Varias señoras levantan la vista escandalizadas. Algunos hombres sonríen. El obispo sorbe la sopa mientras hunde la nariz en el plato para no tener que escuchar a ese orate.

—Y si esas historias son reales —pregunta Hipólito Brown, el dueño de la Mineral La Escondida—, ¿qué sentido de exponerlos a través de un personaje que se llama El Mayor Mentiroso del Mundo?

—Tiene razón, el ethos es importante —concede Acnin de Rouchel—. Pero es sólo un personaje. Quién lo diga, no cambia el contenido.

Habla con naturalidad, sin querer ser pedante. La exposición ya terminó y no hay motivo para negarse a responder las preguntas de todos los que con amabilidad lo han invitado. Para devolver las cortesías inicia una explicación.

—Le seré franco, señor —dice al dueño del Mineral La Escondida—. Mi intención verdadera es que todos sepan lo que sucede en esa tierra. Muchos a diario sufren los abusos de sus dominadores. Si realmente le interesa saberlo, busco que los gobiernos atiendan y frenen algunas de las aberraciones que presencié. Pero tampoco soy ingenuo, y sé que si hablara de eso en serio me tomarían por loco. Esa es la razón de mi personaje.

A su alrededor ya se formó un círculo. Griffin permanece en primera fila, cerca de él.

—Hay algo que no entiendo —dice alguien—. Si todo lo que cuenta es verdad, ¿por qué no llevarlo a la prensa? ¿Por qué no contactar a gobernadores, políticos y sacerdotes, o hasta al Ejército?

Los demás murmuran.

—Usted dice que se cometen abusos de los que los demás ni se enteran —continúa la misma voz—. ¿Por qué trivializar todo aque-

llo con una presentación como la suya? Yo no lo critico, señor: sólo encuentro que, si seguimos su lógica, valdría más la pena intentar ayudar a esos pobres diablos y no burlarse de ellos.

—Negocios son negocios, señor —responde Acnin de Rouchel, de la manera más natural—. No soy rico, vivo de lo que gano y este es mi trabajo. Para mi suerte siempre hay latinoamericanos ricos dispuestos a pagar buen dinero por escuchar las historias de este servidor.

Los asistentes celebran la ocurrencia con risas. Unos pocos advierten que el rostro permanece imperturbablemente serio.

—Pero en algo se equivoca usted —agrega—. No me burlo de esos pobres diablos, como usted los llama. Si analiza mi presentación verá que en ningún momento me reí. Yo me dedico a exponer lo que vi. Son ustedes, el público, quienes se ríen de esas historias.

Muchos analizan, y lo advierten: Acnin de Rouchel dice la verdad.

—Es el público quien se forma sus juicios —agrega—. Si eso les causa risa no puedo impedirlo.

Griffin advierte por primera vez algo de incomodidad entre los presentes. Ferreyra busca aliviar las cosas.

—Lo que pasa es que todos aún estamos algo sorprendidos —dice, jovial—. Para nosotros que vivimos en la ciudad esas historias son impresionantes, aunque sean ficticias.

Los demás asienten.

—Lo entiendo, señor —dice Acnin de Rouchel—. Sé que para ustedes debe ser extraño oír todo eso. Pero le reitero: más le extrañaría saber que nada de lo que dije es ficción. Todo es la más estricta verdad.

Griffin advierte que esta vez los comensales no ocultan su ansiedad. Otra vez Ferreyra toma la palabra y pregunta lo que todos quieren preguntar.

—¿Me dice usted que en esa isla existen todas esas cosas? ¿Y que usted vio todo eso?

—Archipiélago, señor. La Isla Grande es apenas una parte.

Los concurrentes ríen con nerviosismo. Acnin de Rouchel permanece serio.

—No se ofenda si no le creo, señor Rouchel —agrega Ferreyra.

—No me ofendo, señor —responde Acnin de Rouchel—. Es parte de la naturaleza humana desconfiar de las cosas que escapan al discernimiento. Sin embargo, y perdóneme la majadería, debo insistir. Nada de lo que dije es falso.

Griffin advierte que ante esa tozudez el escepticismo de todos empieza a convertirse en franco rechazo.

—¿Dice usted que vio volar brujos de un cerro a otro con abrigos hechos de piel humana? —pregunta alguien masticando las palabras, consciente del ridículo—. ¿Dice que los vio frotarse con aceite humano y usar bolas de cristal? ¿Vio usted cavernas que se abren con palabras mágicas y mujeres que se convierten en perro, en pájaro o pez? ¿Dice usted que vio a alguno de esos hombres combatir con cueros marinos que devoran a las personas, escapar de mujeres que vuelven locos a quienes las miren, cazar culebras que nacen del huevo de un gallo?

—Exactamente —dice Acnin de Rouchel.

—¿Estaría usted dispuesto a sostener eso ante un grupo de científicos e investigadores que decidieran analizar seriamente lo que dice? —pregunta otra voz.

—Exactamente —dice Acnin de Rouchel.

—¿Por qué no ha ido con las autoridades? —insiste una mujer enjoyada hasta el pelo.

Acnin de Rouchel toma una uva, la parte en dos, la observa amorosamente ante sus ojos. Ahora otra vez es El Mayor Mentiroso del Mundo.

—Ya lo hice —responde, teatral—. Fui yo el que los acusó. Fui yo el hombre al que hace algunos años torturaron y casi convirtieron en un desquiciado.

Los demás lanzan una exclamación.

—Fui yo quien huyó de ese archipiélago —continúa—, fui yo quien suplicó a las autoridades que investigaran qué pasaba ahí. Fui yo quien mató a otros hombres con sus propias manos. Fui yo quien comió carne humana, desolló cadáveres y desenterró bebés muertos para seguir con vida. Perdonen mis palabras —agrega haciendo una reverencia—: fui yo a quien le obligaron a comerse su propia verga y sus testículos.

La Mayoría

I

DE LOS TECHOS Y ALAMBRADAS CUELGAN restos de banderas e insignias. La lluvia torrencial encontró desprevenidos a los asistentes al malón, los obligó a retirarse y convirtió los adornos en jirones y pedazos descoloridos. En el edificio de enfrente, sede de la Tesorería Municipal, aún se lee: «Acto oficial, V aniversario de la conformación del Cuerpo Docente del Liceo de Hombres Manuel Montt».

El intendente abre la puerta y entra en la habitación. La lluvia fue una bendición: no tuvo que permanecer horas en esa celebración aplaudiendo cosas que no escucha, recibiendo saludos de gente que no conoce. En este país se necesita trabajar, piensa, no entretenerse en ceremonias.

Toma una toalla y se seca la piel del cuello, se cambia la camisa, se sienta en su despacho. Después se levanta y observa por la ventana: cuatro hombres, haciendo frente a la lluvia y la falta de luz, arrancan los restos de banderas y desinstalan las alambradas. Sonríe satisfecho: es un triunfo. En este pedazo de país plagado de indios que se creen brujos, de bárbaros y de monarquistas, que los empleados cumplan las órdenes sin reclamos debe ser motivo de regocijo.

Sonríe. Se sirve una copa de coñac que entibia con el calor de su mano.

Lleva tres años en el cargo y ya conoce la zona. Sabe de sobra cómo tratar a los habitantes del sur de Chile. No hay que pedir a los salvajes más de lo que pueden dar, dice a quien lo quiera escuchar: Ancud, ese pedazo de tierra enquistada en uno de los más inaccesibles confines del mundo, último reducto de la civilización cristiano-occidental, antesala del mundo premoderno, es un lugar difícil y una de sus labores es buscar la manera de hacer lo que le ordenan sin ganarse el rechazo de la población. Y para eso hay que retroceder a veces, hacer concesiones, esperar las circunstancias. Algo que los burócratas de Santiago jamás entenderán.

El intendente sonríe, se sirve otra copa, toma la carta.

Está inquieto. Hace tiempo vinieron a Chiloé dos delegados del Ministerio del Interior. Visitaron comunidades, recomendaron un censo, interrogaron a la gente y al regresar a Santiago reportaron que en Chiloé las leyes del Estado chileno no existían. Dijeron que en el archipiélago hay rumores de personas violadas, desaparecidas, asesinadas. Hay grupos que administran la justicia por su propia mano. A veces hay muertos. El Estado, dijeron, no mueve un dedo para hacer justicia. Las mujeres aseguran que un ser deforme y feo las ataca por las noches y las embaraza, y cada cierto tiempo grupos de hombres armados con piedras y antorchas salen a buscar a ese animal. En algunas zonas los hombres y mujeres jóvenes matan a sus familiares para ser parte de la cofradía, y en los últimos dos años hubo quince denuncias por desapariciones de ancianos. Varios crímenes graves siguen impunes. Grandes territorios se hallan en la ingobernabilidad, en especial las islas situadas en el Canal de Chacao, las comunidades rurales cercanas a Cucao y los pueblos diseminados en el extremo sur de la Isla Grande. Los lugareños hablan con temor de lámparas de aceite humano, luciérnagas fétidas, chalecos de piel humana para volar, males lanzados a personas que están lejos y mujeres con cara de zorra. La desidia y la incompetencia de las autoridades de esa zona, partiendo por el propio intendente, han dejado escalar todo eso hasta un punto peligroso.

Al parecer el Ministro se lo creyó, porque reclamó a viva voz por los recursos despilfarrados en ese pedazo del país y le mandó la carta que ahora tiene en la mano.

El intendente lee.

Señor Luis Martiniano Rodríguez
Intendente de Chiloé

Repórteme a la brevedad todo lo que sepa sobre las desapariciones en las Islas Guaitecas como consecuencia de la piratería. Me reportará además todo sobre los maleficios, reales o imaginarios, que cometen los miembros del grupo autodenominado "La Recta Provincia", "Los Médicos Sobre La Tierra", o "La Mayoría". Le ordeno ejecutar a la brevedad todas las acciones correspondientes para asegurar el bienestar de los afectados.

Atentamente
Antonio Varas de la Barra
Ministro del Interior.

El intendente sonríe con ironía, piensa, mueve la cabeza. ¿Así que en Santiago se tragaron uno a uno todos esos cuentos? Era esperable. En la capital no tienen idea de lo que ocurre en estas zonas. Ahora lo importante es aclarar el asunto, viajar a Santiago si es necesario, asegurar que en Chiloé no hay brujos ni encantamientos ni demonios ni ningún fantasma pernicioso que controle la vida de la gente.

Toma una pluma y escribe la respuesta.

Señor Antonio Varas de la Barra
Ministro del Interior:

De manera oficial le reporto a usted que en esta provincia no existe motivo de alarma por acciones de piratería. La situación es

normal en las Islas Guaitecas y en todas las subdelegaciones rurales de la provincia. En estas últimas los funcionarios tienen orden de dar parte inmediato de cada caso de muerte o desaparición de personas que no fueran atribuibles a causa natural.

La Intendencia de Ancud hace todo lo que está en sus manos para aplicar el Estado de derecho en esta zona del país. Hoy, gracias a la cooperación de los ciudadanos, la autoridad que represento está en condiciones de castigar y aun prevenir muchos de los delitos que antes quedaban impunes.

Las medidas que he descrito así lo demuestran; en este momento investigamos con insistencia unos pocos casos de envenenamiento que, según los habitantes locales, responden a una penosa tradición que proviene de tiempos antiguos, de la que durante décadas se hizo uso sin peligro alguno para sus autores.

Atentamente lo saluda a usted
Luis Martiniano Rodríguez, Intendente de Chiloé.
21 de agosto de 1878.

Tras doblar la hoja, busca un sobre, pone el papel y se deja caer en el sillón de cuero. Le duele la cabeza. ¡Brujos y piratas! ¿Acaso en el Ministerio no creen que pueda mantener el orden? ¿De verdad desde Santiago piensan que pueden resolver todo a la distancia, que con un puñado de soldados armados erradicarán creencias enquistadas por siglos? El intendente sonríe al pensar que en los elegantes salones del Palacio de La Moneda, frente al Acta de Independencia de Chile y de los documentos que los próceres usaron para construir la república, alguien habló de chalecos de piel humana y mujeres con cara de zorra. ¿Será necesario abordar también esas imbecilidades?

Se sirve la tercera copa, la apura de un sorbo, mira por la ventana: está decidido. Habrá que desterrar de una vez cualquier atisbo de creencia, superstición o letanía que le haga sospechar a la autoridad central que Chiloé era una cueva ingobernable, un lugar repleto de

hechiceros que deciden la muerte de los demás, un fondeadero de barcos fantasmas, un pantanal en donde abundan las desapariciones en masa y las mujeres que se convierten en perro orinan en la entrada de las cuevas para abrir pasadizos subterráneos. Se sirve la cuarta copa, toma otra vez la pluma, saca un papel limpio del escritorio.

Señores subdelegados:

Me reportarán inmediatamente, de manera estrictamente confidencial, cualquier hecho o intención que atente contra la tranquilidad de las tierras cuya justicia ustedes administran. Den parte de inmediato a la Intendencia de cada caso de muerte o desaparición que no provengan de una causa natural. Vigilarán de cerca, de manera discreta, a todos los apellidados Coñuecar, Nahuelquín, Quinchepane, Lepio, Chiguai, Merimañ, Tocol, Quinchem, Chodil, Carimonei, Nauto y Coloburo.

Atentamente,
Luis Martiniano Rodríguez,
Intendente de Chiloé.

Pone la hoja en el sobre, piensa en los salones de La Moneda, llena otra vez la copa.

APENAS LA CRIATURA ASOMÓ la cabeza, la partera indígena advirtió que no era infante sino monstruo, que Dios lo dejó vivo por error, que nadie le tendría piedad. Si a eso se le podía llamar un ser humano, entonces era un varón. Le cortó el cordón umbilical y lo arrimó en un rincón, rezó tres avemarías para espantar las maldiciones y advirtió a la familia que mejor olvidaran a ese engendro.

El niño tenía un defecto congénito en la bóveda palatina, una imperfección que hacía que faringe y laringe estuvieran unidas por